MICHELLE DURÁN

NUNCA DIGAS NUNCA

Nunca digas nunca
© 2024, Michelle Durán
Autora representada por Ute Körner Literary Agent, S.L.U.

© 2025, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Sara Lozoya (@saralozoyart)
Edición: Iguazel Serón.

Primera edición: mayo de 2025.

ISBN: 978-84-19467-64-5
Depósito legal: B 3932-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

MICHELLE DURÁN

NUNCA DIGAS NUNCA

dNX YOUNG ADULT

Para todas aquellas personas que están sufriendo
o han sufrido una relación tóxica.
Se puede salir de ella.

CAPÍTULO 1

Odio las fiestas. Bueno, quizás *odiar* es una palabra un poco fuerte teniendo en cuenta que sí que me gusta ir a bailar con mis amigos. El problema son las fiestas de instituto, especialmente las que montan mis compañeros. Los alumnos del Creek Central High School viven en una constante competición por ver quién es el que se emborracha antes y el que pota más. Y yo, que conozco muy bien mis límites, estoy harta de que me manchen las zapatillas de vómito.

Si fuera por mí, no asistiría a ninguna en lo que me queda de semestre.

—No puedes dejarme solo, Iv. Tienes que venir. Sin ti me aburro y no puedes ser siempre *esa chica.* Ya sabes, la típica que se mantiene alejada de todo el mundo porque es «diferente a las demás».

Pero, por supuesto, una no siempre consigue lo que quiere.

Y es que mi mejor amigo tiene una opinión muy distinta a la mía de lo que son las fiestas en el Creek.

—No —sentencio, y Hunter hace uno de esos pucheros que pretenden ser tiernos, pero que a mí me recuerdan a los gestos de mi primo pequeño cuando se hace caca en el pañal.

—¿No?

—Sí, «no» —respondo—. Es una palabra sencilla: «Dos letras: 'se utiliza para negar cuando algo no te gusta o no quieres hacerlo'». Deberías acostumbrarte a ella porque vas a escucharla más veces a lo largo de tu vida. Y ahora aparta para que pueda recoger todo esto.

No espero a que obedezca. Termino de guardar el último de los balones de baloncesto y lo arrastro hasta el almacén. Esta semana soy la encargada recoger el equipo y cerrar las puertas del gimnasio. Es una tarea tediosa, pero no desagradable. Después del ajetreo de los entrenamientos, se agradece disfrutar del silencio. Al menos, yo lo disfrutaba hasta que ha llegado Hunter.

Tengo que admitirlo: al principio tuve mis reticencias a la hora de apuntarme al equipo de baloncesto del instituto. Vamos, ¿y ser un cliché con patas? Ni de coña. Por si no tuviera suficiente con ser una de las pocas chicas mestizas del Creek, encima mi padre fue jugador de baloncesto durante su época universitaria. Nunca llegó a hacerse un nombre en la NBA, pero sí que fue lo bastante bueno como para que lo fichara un equipo de segunda. Aunque han pasado años desde entonces, aún hay gente que lo reconoce por la calle. Aficionados obsesionados por las viejas glorias y todo eso.

Si tuviera un dólar por cada persona que le ha pedido a mi padre que le firme un cromo, tendría tres dólares, que no son muchos, pero sí más que los que tendrían cualquiera de mis conocidos. Con semejante historial, lo que menos quería era convertirme en un estereotipo.

Sin embargo, el amor que siento por el baloncesto ha resultado ser inevitable. Ni siquiera mi estatura (mucho más bajita que la media,) o mi cuerpo (con muchas curvas y de apariencia «poco atlética») han sido capaces de poner algún tipo de freno a esa pasión. Al fin y al cabo, me he criado rodeada de recortes de periódico con artículos y reportajes sobre baloncesto y de resultados de los partidos del fin de semana. Es lo que hay cuando tienes una madre que es periodista deportiva y un padre que se

convirtió en profesor de gimnasia y entrenador del equipo del colegio tras reconducir su carrera. Así que, cuando quise darme cuenta, mi firma ya estaba escrita en la solicitud de acceso al club.

—Iv —insiste Hunter. Sigue parado en medio de la cancha, cabezota como nadie—. Vente. *Porfa*. *Porfaaa*.

—¿Qué pensarían tus admiradores si te vieran suplicar de esta forma? Perderías tu fama de tipo duro.

Hunter sonríe. Cuando lo hace, una comisura se eleva más que la otra. En cualquier otra persona, el gesto sería raro, pero en Hunter es sinónimo de peligro; la típica sonrisa que hace que te entren ganas de cometer travesuras.

Ah, sí. Hunter Brooks. Diecisiete años. Vago redomado, pero extrañamente popular. ¿Objetivo en la vida? Pasárselo en grande. ¿Problemas? Ninguno conocido. ¿Aspecto físico? Atractivo, aunque demasiado creído. ¿Principales defectos? No respeta los límites, no conoce el espacio personal y siempre se mete en líos si yo no estoy para impedírselo. La última vez casi acabó en comisaría. Algo relacionado con un allanamiento de morada y el robo de un gnomo de jardín.

Maldita sea.

—Una hora —claudico, y la sonrisa de Hunter se ensancha—. Una hora y me vuelvo a casa. No pienso hacer de niñera, ¿me oyes? Ni muerta, Hunter. Como te vuelva a encontrar jugando al *póker* con ese tío que siempre intenta leerme la carta astral, te juro que...

Hunter no deja que continúe. Me envuelve en un fuerte abrazo y poco importa que le grite «¡suéltame, que aún no me he duchado y huelo a sudor!» porque a él eso le da igual.

—Gracias, Iv. No te arrepentirás. Ya verás. ¿Te recojo a las siete?

—Qué remedio.

En realidad, ya me estoy arrepintiendo.

Hunter me lanza un beso y se encamina hacia la salida del gimnasio. Sin embargo, antes de cruzar la puerta, se gira y me dedica una última mirada divertida.

—Vas a tener que cambiar tu definición.

—¿Qué?

—La definición de «no» —dice—. Debería ser: 'se utiliza para negar cuando algo no te gusta o no quieres hacerlo, salvo cuando se trata de Hunter Brooks'.

Lo único que impide que le atice en la cabeza con las llaves del gimnasio es que me conoce muy bien y cierra la puerta antes de que pueda hacerlo.

El aroma del bizcocho de zanahoria recorre cada rincón de la casa. El estómago me ruge cuando cruzo el umbral de la cocina y observo el dulce que descansa sobre la encimera.

Mis padres están sentados alrededor de la mesa. Él con un periódico entre las manos y ella con montañas de trabajo a su alrededor y el ordenador portátil como una extensión más de los dedos de la mano.

—«Siete letras: 'confusa, sin pies ni cabeza'» —dice mi padre a modo de saludo.

Lo pienso unos segundos antes de contestar:

—Caótica.

Mi padre cuenta las casillas. Murmura un «mmm eso es» y continúa enfrascado en el crucigrama. Yo, que ya estoy más que acostumbrada a sus excentricidades, no puedo evitar sonreír.

—Esa es mi chica —dice mi madre. Se levanta para recibirme y me da un beso en la mejilla—. ¿Qué tal el día?

—Como siempre —contesto. Me acerco a la encimera y paso el dedo índice por la crema de queso que recubre el bizcocho. Deliciosa. Si mi madre no fuera periodista, debería dedicarse a la repostería—. Al parecer, hoy hay otra fiesta. No me preguntes quién la ha organizado, pero Hunter ha insistido mucho, así que…

—Qué raro. ¿Hunter? ¿De fiesta? ¿Qué será lo siguiente? ¿Que tu padre sea capaz de poner el Netflix sin ayuda?

—Muy graciosa —contesta el aludido, aunque no parece ofendido. De hecho, sonríe y unas arrugas muy pequeñitas se le forman alrededor de los ojos. Deja caer el periódico sobre la mesa y me mira por encima de la montura de las gafas—. ¿Quieres que vaya a su casa y le amenace? Algo discreto del estilo: «¡Deja a mi hija en paz o…!».

—Papá, eres incapaz de matar una mosca, ¿cómo vas a amenazar a alguien? Además, adoras a Hunter.

—Sí, pero no si obliga a mi niña a hacer algo que no quiere.

Niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco. Da igual que esté a punto de cumplir los dieciocho; para mi padre siempre seré la misma niña torpe que lo seguía a todas partes.

—Si realmente no quisiera ir, le habría dicho que no, no te preocupes. —Vuelvo a pasar el dedo por la crema y después, me dirijo hacia la entrada de la cocina—. Noria. Veintiuno vertical. El artefacto hidráulico es la noria.

Mi padre revisa el periódico y niega con la cabeza de manera incrédula.

—Es correcto.

Sonrío con orgullo. Sí, vale, tengo que admitirlo. Soy adicta a tener razón.

Todos los Spencer tienen un don inútil. El de mi padre es darle la vuelta a las tortitas justo en el momento exacto para que queden doraditas, y el de mi madre regar las plantas con la cantidad de agua necesaria para que no mueran. ¿El mío? La capacidad de memorizar definiciones de palabras que solo sirven para resolver los crucigramas.

—¿Ivory? —pregunta mi madre—. A las doce y media en casa como muy tarde.

—Dalo por hecho.

Si tengo suerte, es posible que vuelva incluso antes.

Dejo a mis padres en la cocina y subo las escaleras. Mi habitación es el único lugar del mundo en el que me permito ser un poquito desordenada. Al menos, todo lo desastrosa que puede ser alguien que organiza los calcetines por colores y los

libros por orden alfabético. Tiro la mochila sobre la cama y me siento en el banquito que hay bajo la ventana. Me asomo entre las cortinas, pero la habitación de Hunter permanece a oscuras. Seguramente, mi amigo andará de aquí para allá. Llegará a casa, se preparará en el último segundo, y aun así, será el chico más guapo de la fiesta.

Los hay con suerte.

Suelto un suspiro exagerado y estiro el brazo para rescatar un cuaderno de la cajonera de mi escritorio. Puede que hoy salga, pero los deberes no se van a hacer solos y hay exámenes que aprobar.

Aunque me hayan admitido en la universidad de Columbia, todavía hay algo que me queda por conseguir como estudiante de instituto: que me nombren *valedictorian*, y eso solo lo conseguiré si tengo el expediente más brillante del Creek.

Cuando estaba en sexto curso me rompí uno de los huesos metatarsianos del pie izquierdo. Lo típico: una va por las escaleras de casa cargando con una montaña de libros y se olvida del último peldaño. Por si fuera poco, tuve la mala suerte de que ese fuera el verano más caluroso que se recuerda en Boston. Cada día, las temperaturas rozaban los cuarenta grados y el bochorno era tan insoportable que ampliaron el horario de las piscinas municipales para que la gente pudiera refrescarse. Por culpa de la escayola, no me quedó otra que pasarme el verano entero encerrada en casa. En esa tesitura, cualquiera habría enloquecido, así que no es de extrañar que mi humor se agriara hasta tal punto que los únicos sonidos que salían de mi boca eran gritos y reproches.

Fue entonces cuando la familia Brooks se mudó a la casa de al lado.

Y desde entonces, Hunter y yo vivimos a treinta segundos de distancia. Es por eso que mi mejor amigo suele pasar a recogerme, y esa noche no es diferente.

Hunter llama al timbre a las siete en punto y yo lo sigo hasta la acera de delante de mi casa.

—Dios mío —digo en cuanto me meto dentro del viejo Chevrolet que Hunter ha heredado de su padre—. ¿Llevas colonia?

Hunter alza el brazo y se huele la sisa.

—¿Se nota? He fumado y no quiero oler a humo.

Bajo la ventanilla en busca de algo de aire fresco. Lo único que entra en el coche es la contaminación de la ciudad, pero hasta eso es mejor que la nube tóxica que es ahora mi mejor amigo.

—¿Que si se nota? Es demasiado.

Hunter suspira aliviado y enciende la radio.

—De puta madre.

Arranca justo cuando The Mamas & the Papas cantan *California dreamin'*.

La fiesta tiene lugar en la casa de Jeremy Nosequé, uno de mis compañeros de clase de Química.

Tardamos un total de quince minutos en llegar al salón en el que está reunida la mayoría de la población estudiantil porque Hunter se detiene a saludar a alguien cada dos pasos. El muy idiota conoce a todo el mundo.

A veces, me abruma su popularidad, por muy acostumbrada que esté a ella. Hunter no es deportista, no pertenece a ningún club y tampoco saca buenas notas. Y, sin embargo, es uno de los alumnos del Creek con más seguidores en redes sociales, todos conocen su nombre (ya sea por las buenas o a las malas) y siempre tiene algún plan.

Estoy segura de que, si no fuéramos vecinos y amigos de la infancia, Hunter ni siquiera se molestaría en hablar conmigo. Soy muy consciente de que a) no tengo ni la mitad de pila social que él, y b) tampoco es que tengamos muchas cosas en común, más allá de recuerdos compartidos o el mismo gusto extraño por la mostaza. A ver, no soy una loba solitaria. Tengo

amigos y soy sociable. No me invitan a todas las fiestas, pero la gente suele saludarme por los pasillos, aunque solo sea porque se acuerdan de que soy la amiga de Hunter. Es solo que, al contrario que él, en el Creek suelo pasar bastante desapercibida.

Cuando llegamos al salón, la gente ya está como una cuba. Muchos se levantan y abrazan a Hunter y otros tienen la deferencia de hacerme un gesto de reconocimiento. No me importa; me hago con un vaso rojo y lo olisqueo: cerveza. Apenas tengo tiempo de darle un trago antes de que Hunter me lo robe. Me guiña un ojo y se termina su contenido. Yo solo puedo bufar con resignación y darle un golpecito con el cuerpo.

—Idiota —mascullo. Después, echo un vistazo a mi alrededor y señalo la mesa de los aperitivos—. Voy a ver si pillo algo comestible. ¿Quieres que te traiga algo? —pregunto, pero para entonces, Hunter ya se ha girado y está hablando con una chica, así que deduzco que no y me alejo de ellos para darles un poco de intimidad.

Jeremy Nosequé tiene buen gusto. O dinero, porque la comida es bastante decente. Me echo un par de tostas con humus en un plato y mastico un trozo de zanahoria mientras busco unas patatitas.

—Ivy, ¿qué haces aquí?

Tiro el plato al suelo y me aferro a la mesa para mantener el equilibro y no caerme yo también. Sé, incluso antes de girarme, quién es el dueño de esa voz, y maldigo al darme cuenta de lo rápido que me late el corazón.

Brody Pearson está tan guapo como de costumbre. Menudo capullo.

—Hola —lo saludo, la voz algo aguda. Carraspeo unos segundos y me recompongo. Pese a mi altura, me yergo todo lo que puedo y me visualizo a mí misma como un rascacielos—. He venido con…

—Hunter, ya —interrumpe él. Cuando sonríe, los dientes blancos destacan en la piel oscura—. ¿Cómo va todo?

Entrecierro los ojos.

—¿Acaso te importa?

—Ya sabes que sí.

No respondo, pero Brody no parece necesitarlo. Acorta la distancia que nos separa, alarga el brazo y coge uno de los canapés que se encuentran detrás de mí. Trato de evitarlo (e incluso cierro los ojos con fuerza), pero el aroma de su colonia se impregna en mi piel y me trae recuerdos que sigo esforzándome por olvidar. Una gran ola de fuego me inunda todo el cuerpo.

Cuando Brody se incorpora, está masticando una salchicha y me mira de arriba abajo. Sigue sonriendo y mis piernas son pura gelatina.

«Brody Pearson, seis letras: 'dicho de una persona, de un animal o de una cosa que actúa de malas maneras o resulta molesto'. Cabrón». No se me ocurre mejor manera de definirlo después de un año de relación intermitente marcada por los cuernos y la toxicidad.

—¡Brody! —La voz de Hunter le hace pegar un respingo. El recién llegado echa el brazo alrededor del hombro de Brody y lo atrae hacia él con camaradería—. Tío, ¿qué tal? Hace mil que no te veo.

Brody finge una sonrisa. Es más que evidente que le molesta la interrupción.

—Es que siempre estás ocupado. Muchos planes, ¿verdad? Qué envidia. Cuando no tienes que preocuparte por el futuro, te puedes permitir ir de un lado para otro.

—Es lo que tiene ser tan popular. No creo que lo entiendas. —Hunter hace una pausa y se pasa la lengua por los labios, como si paladeara con gusto un par de gotas de veneno—. Aunque tengo entendido que no he estado tan ocupado como tú, con todo esto de las admisiones de la universidad. Harvard, ¿eh? Menudo logro. Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti.

Brody chirría los dientes.

—Al final he decidido ir al Wentworth Institute of Technology. Su programa es mejor.

—¿Una uni privada? Guau, vaya cambio de parecer. Supongo que la *Ivy* League no está hecha para todo el mundo.

«Muy sutil», pienso. Y es que algo me dice que no está hablando de las universidades de élite.

Brody se aleja de Hunter. No pierde la sonrisa, pero le brillan los ojos de la rabia.

—Ya, bueno. Tengo que irme. Hace rato que les he dicho a mis amigos que venía a por comida. ¿Nos vemos luego, Ivy?

Me clavo las uñas en las palmas de la mano para mantener un silencio digno. Brody capta la indirecta y me lanza una última mirada antes de dar media vuelta y alejarse con pasos furibundos.

—Menudo gilipollas —masculla Hunter cuando lo perdemos de vista—. ¿Te ha dicho algo? Porque si te molesta sabes que…

—¿A qué ha venido todo esto?

—¿El qué? ¿Bajarle los humos? Alguien tiene que hacerlo.

—No, eso no. Ese… ataque de testosterona gratuito. Sé defenderme sola.

Hunter no duda cuando dice:

—Lo sé.

No añade «pero se trata de él», aunque lo conozco lo suficiente como para saber qué es lo que se esconde tras su silencio. Y lo peor es que Hunter tiene razón. Cuando se trata de Brody, el corazón gana la batalla y a la razón no le queda más remedio que suplicar clemencia.

A pesar de que era yo la que no quería estar en la fiesta, después de mi encuentro con Brody ahora no tengo ganas de marcharme. No quiero ir a casa para tirarme a la cama y llorar como llevo haciendo estas dos últimas semanas desde que rompimos.

Hace rato que he perdido la cuenta de las cervezas que llevo encima, solo sé que son suficientes como para tener las

emociones anestesiadas y que mis compañeros me empiecen a parecer divertidos.

Repartidos en un gran círculo, nos pasamos las botellas de mano en mano y jugamos a «Yo nunca». Hunter está sentado junto a mí, las rodillas chocando todo el rato, y Brody se encuentra varias cabezas más a la derecha.

No mirarlo es una tarea complicada.

Debería dejar de beber porque la cantidad de veces que Brody y yo hemos vuelto es directamente proporcional a las veces en las que estaba borracha cuando el cabrón me suplicaba que le diera otra oportunidad. Siempre acabamos en lo mismo. Lágrimas, gritos, reproches, sexo y vuelta a empezar. Estoy cansada. Frustrada. Furiosa. Con él, pero, sobre todo, conmigo misma.

Da igual que me sepa el cuento de memoria. Siempre caigo.

—Vale —dice una chica. Creo que la conozco de algo, pero ahora no recuerdo de qué—. Yo nunca… he tenido sexo en el instituto.

Mascullo un taco y bebo. A mi lado, Hunter suelta un sonido a medio camino entre la incredulidad y la risa, pero no alza su vaso.

Brody también ha bebido, claro. Lo ha hecho mirándome a mí directamente, como si me retara. No puedo evitar que me enrojezcan las mejillas mientras las imágenes de aquella tarde en la que nos entró un calentón y tuvimos sexo en el baño de la cuarta planta llegan a mi mente.

Un cosquilleo empieza a calentarme la parte baja de la tripa.

—Me toca. —Otro compañero se adelanta. Esta vez ni siquiera intento fijarme en su cara—. Yo nunca… me he enamorado de un amigo.

En esta ocasión, no bebo, pero siento toda la atención de Brody puesta en mí, como si se tratara de un puma al acecho de su presa. Una de las mayores broncas que tuvimos fue cuando él insinuó que Hunter y yo pasábamos tanto tiempo

juntos porque nos acostábamos en secreto. Irónico, viniendo de un infiel patológico.

Estoy a punto de beber solamente para molestarle cuando, para mi sorpresa, Hunter alza el vaso y, sin apartar la vista de Brody, se termina el contenido de un solo trago.

El corazón se me ralentiza.

Y es entonces cuando mi mejor amigo, el mismo chico con el que me he bañado, con el que he dormido y del que lo sé absolutamente todo, tira de mí y me planta un beso muy cerca de la comisura de la boca.

CAPÍTULO 2

Me quedo paralizada, tan sorprendida que no soy capaz ni de parpadear.

Es curioso. Conozco a Hunter desde siempre, pero soy incapaz de adivinar qué es lo que está pensando cuando se separa de mí y mis ojos chocan con los suyos.

—¿Qué coño…? —pregunta alguien. Tardo unos segundos en darme cuenta de que es la voz de Brody—. ¿Estáis juntos?

No tengo tiempo de contestar. Hunter me toma de la mano y se levanta, arrastrándome con él. No me resisto. Ignoro las risas y las bromas de mis compañeros que corean «¡Ivory Spencer y Hunter Brooks, muac, muac!» y miro por última vez a Brody antes de dejarme llevar hacia la cocina.

Es ahí donde algo hace clic en el interior de mi cabeza. Me vuelvo hacia Hunter y le golpeo en el hombro un mínimo de seis veces antes de ser capaz de hablar.

—Qué. Narices. Ha. Sido. Eso —pregunto, aunque en mi tono hay más enfado que interrogación.

Hunter acepta los golpes con estoicismo. Espera hasta que me canso y dejo caer los brazos para contestar:

—Ibas a volver con él.

—¿Qué?

—Ibas a volver con él. Te conozco, Iv. Reconozco esa mirada. Estás a una cerveza de lanzarte sobre sus brazos otra vez.

—Eso no es… —No soy capaz de terminar la frase. Nunca he sido una buena mentirosa—. No te entiendo. ¿Y por eso me besas?

—Técnicamente no te he besado. Soy un caballero.

—¡Hunter! —Me pellizco el puente de la nariz y apoyo la cadera en la encimera porque, en estos momentos, necesito algo que me sostenga—. ¿Por qué mientes?

Hunter se cruza de brazos y sonríe. Sin la chaqueta de cuero, se aprecia el tatuaje, de nubes de humo negro que se entrelazan con alas de cuervo, y que le baja del hombro izquierdo hasta el codo. Se lo hizo hace dos años, justo el mismo día en el que su madre y su padrastro firmaron el divorcio. Cuando Erika Brooks lo vio, lo castigó tres meses enteros. Nada de salir, ni paga, ni privilegios como escoger el menú de la cena. Estoy segura de que si no trató de quitárselo ella misma con alcohol, fue porque hacía años que se había resignado al espíritu rebelde de su hijo.

—¿Quién te ha dicho que he mentido?

—Guárdate el flirteo para tus novias que conmigo no cuela. Dime, ¿por qué lo has hecho?

—Porque no lo soporto. —El rostro de Hunter se llena de una seriedad inesperada—. No lo aguanto más, me cago en todo, Iv. Estoy harto de que vuelvas con él una y otra vez. Lo único que hace es jugar contigo. Te hace daño, te engaña, ¿y lo perdonas? Vales mucho más que esa puta rata inmunda.

Lo observo con un nudo en la garganta. Quizás es por el alcohol, pero siento unas ganas repentinas de llorar.

—Eres un idiota. ¿Y no se te ha ocurrido otra forma de evitarlo? Ahora todo el mundo se va a pensar que estamos juntos.

—¿Cuál es el problema?

Parpadeo.

—Bromeas.

—No. —Niega con la cabeza—. Mira, Brody no me soporta, pero me tiene miedo desde que le partí la ceja el año pasado. Así que, mientras salgamos juntos, estoy seguro de que no se acercará a ti. Solo quedan dos meses para que termine el instituto. Cuando estés en Columbia, no volverás a verlo. Aprovecha para desintoxicarte.

—¡Pero es que no salimos juntos!

—¿Y quién lo sabrá? Acabo de declarar mi amor eterno por ti. Tú misma lo has dicho: ahora todo el mundo piensa que somos pareja.

Suelto un gemido plagado de frustración.

—Diooos. Estoy demasiado borracha para esta conversación. ¿Me estás proponiendo que finjamos que salimos juntos para que no vuelva con el cabrón de mi ex?

Él vuelve a sonreír.

—Brillante, ¿verdad? Se me ha ocurrido todo *así*. —Chasca los dedos frente a mí, obligándome a hacer un gran esfuerzo para no volver a atizarle.

Menudo idiota.

—Llévame a casa.

Hunter alza una ceja.

—¿Estás de coña? No son ni las doce.

—No. Llévame a casa antes de que me arrepienta de ser pacifista y meta tu cabeza en el triturador de basura.

—Qué gráfica.

—Hunter…

—¡Vale, vale! —dice él, y alza las manos en señal de rendición—. Voy a por la chupa y te llevo, Cenicienta.

Le saco el dedo corazón como única respuesta.

Si hay algo que llevo peor que las fiestas, son las resacas.

A la mañana siguiente, el sol brilla con fuerza a través de las cortinas. Me giro y trato de ignorar la luz hasta que los

rayos me golpean la cara y en los ojos, logrando que los abra al fin. Siento la boca pastosa y el cuerpo algo atolondrado. Por eso tardo tanto en alcanzar el móvil que dejé la noche anterior en la mesilla. Las ocho de la mañana. En general, me levanto gustosa mucho antes del amanecer para aprovechar los días. Sin embargo, los fines de semana me permito ser un poco menos rígida y remolonear un poco. Y más cuando tengo semejante dolor taladrándome las sienes.

Intento cerrar los ojos otra vez, pero escucho unas risas en el piso de abajo y me incorporo como un resorte.

Hunter.

No me molesto en cambiarme el pijama o en peinarme; salto de la cama y bajo las escaleras de dos en dos. Como me había imaginado, Hunter está sentado alrededor de la mesa de la cocina, desayunando junto a mi madre.

—Buenos días —saluda esta última. Me mira de arriba abajo y alza una ceja—. ¿Por qué parece que te ha pasado un camión por encima? ¿Bebiste mucho ayer?

—Tú. —La ignoro y me dirijo hacia Hunter con un dedo acusador—. ¿Cómo se te ocurre presentarte en mi casa después de…?

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta mi madre, alarmada. Sin embargo, Hunter sonríe de esa forma que consigue aumentar la temperatura de los polos. Es infalible incluso con las madres.

—Iv está enfadada porque evité que volviera con el capullo de Brody.

La mujer suspira, aliviada.

—Bendito seas. No soporto a ese chico.

—¿Hola? —pregunto—. ¡Sigo aquí! Y si supieras cómo lo evitó, no estarías tan contenta…

—¿Sabes qué? Que me daría igual. —Mi madre se levanta y se lleva su taza de café. Luego se acerca al fregadero y le echa un poco de agua—. Ya sabes lo que opinamos todos sobre él. Vales mucho. Lo peor que te pudo pasar en la vida fue que ese chico se te cruzara en el camino.

—Eso mismo le dije yo —aporta Hunter.

No puedo ni hablar. Siento una mezcla de vergüenza y enfado. Sé que mi madre tiene razón, pero la parte más tóxica de mí, esa que sigue loca por Brody, odia que le recuerden lo dañino que es.

—Os dejo solos para que solucionéis vuestras diferencias. Cuando una deja de ser joven, los problemas de los jóvenes levantan dolor de cabeza.

Hunter murmura un «pero si sigues siendo una chavala» justo cuando mi madre me da un beso en la frente y sale de la cocina moviendo la mano a modo de despedida.

Una vez a solas, me siento junto a Hunter. Sin preguntarle, le robo el tazón de cereales y me meto un par de cucharadas en la boca. Ni la resaca es capaz de quitarme el apetito.

—Oh, no te preocupes. Puedes comértelos. Ya no me apetecen —murmura Hunter con ironía.

—Me los debes después de lo de ayer.

—¿Te refieres al cable que te eché? —bufa—. Joder, ¿por qué estás enfadada, exactamente?

—No sé. ¿Por besarme sin mi consentimiento?

—No te besé.

—Lo que sea. ¿O quizás estoy enfadada porque me trataste como una damisela en apuros?

—¿Qué? —Ahora Hunter parece indignado—. ¡Yo no hice eso!

—Claro que sí. Primero, te encaras a Brody, y luego decides actuar como mi caballero de brillante armadura y te sacas de la chistera el truco de que somos pareja.

—A ver que me aclare, ¿soy tu guardaespaldas o el puto Harry Potter?

Le pego una patadita debajo de la mesa.

—Harry Potter no tenía chistera. Y ya sabes que en esta casa no lo mencionamos. No apoyamos…

—Ya, ya. —Desecha mi alegato con un aspaviento—. No has contestado a mi pregunta.

—¿Te parece poco?

—Sigo sin saber por qué estás enfadada. A menos que no lo estés conmigo, sino contigo misma y lo estés pagando conmigo, claro.

Lo malo de conocer a Hunter desde hace tanto tiempo es que no hay secretos entre nosotros. Es capaz de saber cuándo estoy triste, aunque me vea al otro lado de la sala y no hayamos intercambiado ninguna palabra.

Suspiro y aparto el tazón de cereales.

—Lo siento. Tienes razón. Estoy… furiosa. Si no te hubieras inmiscuido, es probable que…

No continúo. Todavía recuerdo la ruptura anterior. Ya no sé cuántas van, así que no debería haberme sorprendido tanto cuando una chica me envió un mensaje privado por Instagram con capturas de pantalla de conversaciones subidas de tono entre ella y Brody. Al principio me enfadé. Luego le agradecí esa muestra de sororidad y corrí a casa de Brody. Tuvimos una bronca, él lo negó todo y cuando le mostré las pruebas se puso a llorar y me juró que no había llegado a nada, que solo había sido un coqueteo inocente. Casi le creí. Por suerte, fui capaz de reunir un par de cachitos de amor propio y salí de allí jurando que, esta vez sí, no volvería a perdonarlo.

Soy una chica lista. Tengo el expediente académico más brillante del Creek y varios trofeos de concursos de deletreo que gané en primaria. He sido admitida en Columbia, hago ejercicios de matemáticas por diversión y tutorizo a varios alumnos de cursos inferiores. Y, sin embargo, cuando se trata de Brody, me siento la persona más estúpida del universo.

Hunter me agarra de la mano y me mira con tanta ternura que los ojos se me nublan de tristeza.

—Oye, lo entiendo —me dice. Me limpia un par de lágrimas con la mano libre y sonríe—. El tipo está bueno. Y, cuando no habla, parece listo. Además, es el hijo del director, así que entiendo esa especie de fantasía de poder. Eres un poco como mi colega Callum.

—¿Quién diablos es Callum?

—Callum es un chaval adicto al crack con el que quedo de vez en cuando.

—¿De dónde te sacas a esa gente?

—El caso es que siempre dice que lo va a dejar, pero luego recae y tenemos que acompañarlo a algún centro de rehabilitación.

—No sé qué moraleja puedo sacar de ahí.

—La moraleja es que no deja de intentarlo. Ahora lleva cuatro meses limpio. No sé cuánto durará, pero confío en que esta será la definitiva. Y si no, pues no pasa nada. Lo llevamos otra vez a rehabilitación y ya está.

—Pobre. ¿No hay nadie que pueda ayudarlo? ¿Algún pariente o…?

—No te desvíes. Lo que pretendo decir es que, si él ha podido, estoy seguro de que tú también. —Hace una pausa dramática—. A no ser que el sexo con Brody sea la hostia y una experiencia ultrasensorial, cosa que me parece improbable, creo que el crack te da más subidón que el cabronazo de tu ex, así que tienes mucho adelantado.

He dejado de llorar. Con Hunter, siempre ocurre. *Siempre*. Da igual lo mierda que sea un día, la cantidad de problemas que me ahoguen o lo oscuro que lo vea todo. Mi mejor amigo posee un optimismo contagioso.

—Yo no soy adicta al crack y no hay centros de rehabilitación para las relaciones tóxicas.

—Todavía. Yo ahí veo cierto filón no explorado que…

Vuelvo a darle otra patadita por debajo de la mesa y él se echa a reír.

—Lo que dijiste ayer fue una tontería. Eso de que finjamos ser pareja. Es una locura. ¿Te has parado a pensar en que tendríamos que besarnos e ir cogidos de la mano en público para que la gente se lo crea? —pregunto—. Además, te sacaría del mercado, así que, a menos que quieras que la gente te vea como un cornudo, no podrías tirarle la caña a ninguna tía.

¿Estarías dispuesto a pasar dos meses sin que nadie te diga lo guapo que eres?

Hunter no duda.

—Por ti, aguantaría hasta cinco.

Como lo conozco tan bien, no soy capaz de tomármelo en serio. Le suelto la mano y bufo, incrédula.

—No sabes lo que dices.

—Claro que sí. Mira, todos los labios son iguales. Cuando te vaya a besar a ti, pienso que estoy besando a Jessica y ya está. Y que salga contigo no quiere decir que la gente se quede ciega. Obviamente voy a seguir recibiendo cumplidos.

—¿Y quién es Jessica?

—Vuelves a desviarte. —Hunter hace una pausa y me mira. No puedo evitarlo, me pierdo en esos ojos del color del césped recién cortado. Una vez leí que solo un dos por ciento de la población mundial tiene los ojos verdes, pero estoy segura de que nadie los tiene de la misma tonalidad que él. Ni claro ni oscuro, sino una mezcla entre los dos—. Piénsatelo, ¿vale?

—¿Qué ganas tú con todo esto? —pregunto, un poco por curiosidad y otro poco para ganar tiempo.

—¿Aparte de librar a mi mejor amiga del capullo de Brody? La satisfacción de hacer una buena acción, la posibilidad de que se me beatifique… Ya sabes que no soy creyente, pero si resulta ser verdad que ahí arriba hay alguien, no creo que el tipo de las barbas esté muy contento con...

—Hunter…

—Vale. Jessica no me hace caso, pero igual, si me ve inalcanzable…

Ah, por fin. Casi suelto un suspiro de puro alivio. Este es el Hunter que conozco, del que sé lo que esperar. A este Hunter puedo manejarlo.

—Lo sabía. Sabía que había una oscura intención detrás. —sonrío—. ¿Por eso llevabas tanta colonia? ¿Querías ahogarla en la bruma de tu amor?

—Muy graciosa. Pues que sepas que fuiste la primera en la que pensé cuando se me ocurrió la idea —dice con orgullo—. Luego vi

que Jessica frunció el ceño cuando nos vio juntos en la fiesta y llegué a la conclusión de que algo sí que le intereso. Así matamos dos pájaros de un tiro.

Quiero volver a preguntar quién es Jessica, cuando lo recuerdo. Es la chica que lanzó el «Yo nunca» sobre el sexo en la fiesta de ayer. Por eso me sonaba: es la nueva conquista de Hunter.

Decido correr un tupido velo y me levanto. La conversación me ha dado aún más hambre. Siento los ojos de Hunter clavados en la nuca mientras me preparo un tazón de cereales, pero finjo que no me doy cuenta.

Igual que finjo que no me estoy pensando en serio su propuesta.

CAPITULO 3

—Hunter y tú estáis en todas partes.

Cierro la taquilla y me giro para mirar a Willow. Se ha debido teñir el pelo de morado este fin de semana porque todavía tiene una mancha en la frente.

—No sé si quiero preguntar.

Willow me enseña la pantalla del móvil. Hace años, alguien creó una cuenta en Instagram llamada @coticreek a la que se suben todo tipo de habladurías y mentiras sobre lo que ocurre en el instituto. Pese a que se sabe que solo busca el morbo y que tiene nula credibilidad, ya acumula más de doscientos mil seguidores. Cada lunes, todo el mundo la revisa, ávido de enterarse del tema de conversación que se quemará durante el resto de la semana.

En la foto que Willow me enseña salimos Hunter y yo. Es del momento en el que me besó (o no) en aquella fiesta, pero desde la posición de la persona que hizo la foto parece que nos estamos comiendo la maldita boca.

—¿Quieres que te lea el *copy*? —continúa Willow.

—Mejor no.

Por supuesto, no me hace ningún caso. Se aclara la voz.

—«¡Nuevas y salseantes noticias, cotillas! Se dice, se comenta, se susurra que nuestro *sex symbol* particular Hunter Brooks (insertar grititos y suspiros) está oficialmente fuera del mercado. ¿La afortunada? Nada más y nada menos que Ivory Spencer. Sí, habéis leído bien: la misma Ivory que estuvo saliendo un año con Brody Pearson, el hijo de nuestro amado director Pearson (¡un besito desde aquí, dire, que sabemos que nos lees!). Las hay con suerte, ¿verdad? Ja, ja, ja. Estaremos atentes a los siguientes movimientos de la parejita del momento. ¡Seguidnos para no perderos nada!» —Willow termina su lectura dramatizada con orgullo.

Aprieto los puños con fuerza.

—No me puedo creer… —empiezo, pero la rabia me impide continuar—. No puedo… Es que… Me reducen a… ¿me reducen solamente a mis relaciones con dos tíos? Es tan… estoy tan…

—Oye, podrías habérmelo contado, lo sabes, ¿no? —me interrumpe Willow, y solo entonces me doy cuenta de que en realidad parece molesta—. Quiero decir, entiendo que, después de lo que has pasado, quieras mantener esta nueva y seguramente tórrida relación en secreto, pero me podrías haber contado a mí que Hunter y tú compartís algo más que el código postal antes de que me enterara por…

—¡Pero si es mentira! —Echo un vistazo a mi alrededor y bajo la voz—. Hunter me besó para impedir que me liara otra vez con Brody. Me lo encontré en la fiesta y estaba borracha y…

—No digas más. Tres hurras por Hunter, entonces.

—Ya. Es que eso no es todo. ¿Sabes lo que me propuso, el muy idiota? Que saliéramos juntos.

—¿Brody?

—¡Hunter!

Willow no es de las que se emocionan. Solo la he visto perder los nervios en contadas ocasiones, y suele suceder cuando está pintando y no es capaz de transmitir lo que esconde dentro de su cabeza. Siempre mantiene la calma, incluso cuando parece

que todo está perdido. Por eso, cuando abre los ojos como si fuera un pez, estoy a punto de preguntarle si tiene fiebre.

—¡Lo sabía!

—¿El qué?

—Que entre Hunter y tú había algo. Os tenéis que ver. Sois muy obvios.

—¿Qué? ¡No! ¿Hunter y yo? ¡Pero si es como mi hermano!

—Pero se te ha declarado, ¿no?

—¡De manera falsa!

Willow parpadea.

—Vas a tener que hacerme un croquis, porque no lo pillo.

Suelto el aire que llevo un buen rato aguantándome y me lanzo a contarle la extraña conversación que mantuve con Hunter el sábado por la mañana. Cuando termino, el rostro de Willow vuelve a estar plagado de esa neutralidad que tanto la caracteriza.

—¿Y bien? —pregunto, con más ansiedad de la que quiero —. ¿Verdad que es una locura?

—Pues… ¿Sabes qué? No me parece un plan tan descabellado.

—Oh, venga ya. Es Hunter. No es capaz de salir con nadie, aunque sea de coña. ¿Cómo vamos a fingir ser una pareja? Es imposible y una mala idea. Muy mala idea —insisto—. Como casi todas sus ideas, vaya.

—Si tan mal te parece, ¿por qué le das tantas vueltas?

Enmudezco y Willow alza las cejas con el orgullo de quien ha ganado una discusión. Solo el timbre que anuncia el inicio de las clases me libra de tener que replicar.

La expresión «salvada por la campana» nunca me había parecido tan apropiada como ahora.

«Nueve letras: ‘persona de carácter o costumbres poco comunes o extrañas para los demás’. Bicho raro».

Así es como me siento a lo largo de toda la mañana.

Trato de ignorar los cuchicheos que me rodean, pero las voces me llegan alto y claro. Hay gente que directamente se para a preguntarme si es verdad que salgo con Hunter, y a nadie parece convencerle mi rotunda negativa.

Para cuando llega la hora del almuerzo, estoy a punto de ir a dirección para solicitar un cambio de instituto. Tengo entendido que la educación en Islandia es una de las mejores del planeta.

—Exageras —sentencia Hazel cuando me dejo caer, derrotada, en una silla—. No te mira todo el mundo. Oh, olvídalo. El chico que te estaba ignorando se acaba de girar. Vale, sí, sí que te mira todo el mundo.

—Ja, ja. Muy graciosa —mascullo. Hazel me lanza una mirada enternecida y yo apoyo la cabeza sobre su hombro—. Voy a llorar.

—¿Tan pronto? —Nil deja la bandeja encima de la mesa y toma asiento frente a nosotras—. Willow y yo hemos hecho una porra. Yo creo que aguantarás hasta el entrenamiento del club de baloncesto antes de lanzarte al asesinato en plan Joe de *You*. Willow tiene menos fe en ti y cree que estás a dos preguntas más de volverte Carrie.

—Hoy os habéis levantado todos muy jocosos, ¿eh?

Willow es la última en sumarse al grupo. Se sienta a mi izquierda y me pasa una chocolatina.

—Toma. Hoy pareces necesitarla mucho.

Me lanzo sobre el chocolate como si nunca hubiese probado bocado alguno. Vale, lo admito. Funciona un poco. Las cosas no son tan horribles cuando una está comiendo chocolate.

—Entonces, ¿es mentira? —pregunta Hazel—. Willow nos lo ha dicho a Nil y a mí en Literatura.

—Pues claro que es mentira —digo, pero como tengo la boca llena suena algo más parecido a «pusroquemtrira». Trago antes de seguir—: Todo es mentira, chicos, en serio.

—Mentira o no, el plan de Hunter ha funcionado, ¿no es cierto? —pregunta Hazel—. Brody no se ha acercado a ti desde la fiesta.

Parpadeo. Ahora que lo dice, tiene razón. Nada de mensajes, ni comentarios en redes, ni *likes* con indirectas. Es la primera vez desde que empezamos a salir que se pasa tanto tiempo sin hacerse notar.

—¿Qué pensáis? —Me remuevo en la silla—. ¿Cuánto tiempo tardarán en olvidarse del tema de la fiesta?

—Lo que tarden en buscar otro cotilleo —aporta Nil—. Y, teniendo en cuenta las miraditas que te echa Paris, no creo que sea muy tarde. —Mi amigo clava los ojos en Hazel y esta enrojece. Echo un vistazo por encima del hombro para descubrir que, efectivamente, el capitán del equipo de fútbol del instituto parece hipnotizado por nuestra amiga.

—Entre nosotros no hay nada —susurra ella, algo sofocada—. Solo… El otro día me acompañó a casa. Ni siquiera intentó besarme, así que…

Hazel es la persona más enamoradiza que conozco. Calculo que, desde que llegó nueva al Creek hace tres años, habrá tenido un total de veinticinco *crushes* y ocho novios. El último chico que le gustó antes de Paris fue el ayudante de su dentista. ¿O puede que fuera el repartidor de pizzas? No me acuerdo, pero no importa, porque Hazel jamás se ha comportado con ellos como lo hace ahora con el capitán del equipo de fútbol. Y es que suele aburrirse de los tíos cuando empiezan a hablar o sale con ellos durante unas semanas y llega a la conclusión de que los ha estado idealizado. Así que, sus relaciones se reducen a un puñado de polvos y citas rápidas. Puede que mi amiga sea tímida y siempre enrojezca cuando cree que la gente la mira demasiado, pero es la persona más ligona que conozco y nunca se ha sentido avergonzada por disfrutar de una vida sexual plena. De entre todos nosotros, desde luego, es la que más experiencia tiene. La mía se reduce a Brody, y la de Nil y Willow es prácticamente inexistente.

Paris es distinto a los otros chicos por los que Hazel se ha pillado. Paris es de los que creen en un «felices para siempre», de esos que conquistan a fuego lento, de los atentos, de los que tienen gestos románticos grandilocuentes. Todavía no se han besado, mucho menos acostado. De momento, su relación ronda casi lo platónico. Su rollete-no-rollete está siendo toda una experiencia para Hazel y, por qué no decirlo, también para los demás.

Tres meses con un mismo *crush* del que no se aburre. Todo un récord.

—¿Crees que te pedirá ir con él al baile de graduación? —continúa Nil. Es el chico más cotilla del mundo. De no ser porque me lo ha jurado por los *baozis* que cocina su abuela, estaría convencida que es el administrador de @coticreek—. Seguro que sí. Me apuesto lo que quieras a que te hace algo especial, como un *flashmob* o un mural.

—No, ¿tú crees? —Hazel se pone pálida—. Odiaría que la gente me mirase como ahora miran a Ivory.

—Gracias por recordármelo.

—Come chocolate —me dice Willow, y yo obedezco, aunque de muy mala gana.

Hunter está haciendo pellas. No es algo raro, tratándose de él, pero me hubiera gustado contar con algo de apoyo para soportar esta mierda de día.

Mi mejor amigo nunca se ha tomado muy en serio los estudios, y oír hablar de universidades le genera urticaria. Tiene más que decidido que después del instituto se meterá a trabajar en cualquier cosa que le genere dinero y para la que no necesite formación.

A veces, envidio su despreocupación. Tiene que ser un alivio ir por la vida sin medir absolutamente cada paso que das y sin tener expectativas de futuro.

Siendo como somos, tan opuestos, me parece todo un milagro que nuestra relación se haya mantenido intacta todo este tiempo.

Al principio era fácil. El verano que nos hicimos amigos, yo no podía salir de casa y él era nuevo en la ciudad. Congeniar fue cuestión de supervivencia. Luego resultó que su madre lo había matriculado en mi colegio, así que simplemente seguimos hablando. Cada mañana esperábamos el bus, lo cogíamos juntos y luego repetíamos el camino de vuelta. Por supuesto, Hunter no tardó en hacer otros amigos, pero supongo que siguió hablando conmigo un poquito por rutina.

Una rutina que cambiará en unos meses de manera inevitable. Al fin y al cabo, Hunter se quedará en Boston y yo me iré a la universidad.

El pensamiento, aunque sea fugaz, me aterra.

Odio admitirlo, pero sin él me siento como si me faltara algo. Lo necesito cerca. No en plan posesivo, claro. Hunter tiene millones de amigos que ni siquiera conozco (ahí está el pobre Callum) y lo mismo me pasa a mí. Aunque nos lo contemos casi todo, hay esferas que permanecen alejadas y no me importa. Es lógico y normal. Sin embargo, sí que necesito que me recuerde que la vida es mucho más que exámenes, baloncesto y ser perfecta. Quizá por eso, estoy tan nerviosa hoy. Porque él no está.

Me encuentro tan ensimismada en mis propios pensamientos que no veo venir a Brody hasta que se para frente a mí.

—Ivy.

—Brody, ¿qué hay? —Lo saludo con mucha más calma de la que siento en realidad—. ¿Te molesta si…? Ya sabes cómo es el profesor MacCunnigham. Si llegas tarde a Química te suspende sin miramientos y…

—Venga, dime la verdad. Todo eso de Hunter y tú es mentira, ¿no? Lo estás haciendo para ponerme celoso.

Arqueo una ceja.

—¿Perdona?

—Dios, tenías razón. Cuando me dijiste que me había comportado como un capullo insensible. Sé que te hice daño, pero… —Da un paso hacia mí—. Te juro que no me acosté con Natalie. Solo fue un tonteo sin importancia. Sabes que solo tengo ojos para ti. Te quiero, Ivy, *lo sabes.* No tienes que fingir que sales con Hunter solamente para que yo me dé cuenta de lo idiota que fui al perderte.

Abro la boca, pero la cierro segundos después. Me paso la lengua por el labio inferior, intentando apagar el enfado que siento para no ponerme a gritar. Me lleva un total de tres inspiraciones y cuatro exhalaciones calmarme lo suficiente para decir:

—Siempre haces lo mismo. La cagas y luego pretendes que te perdone y que sigamos como si nada.

—Lo sé, pero te juro que esta vez es distinto. Me asusté, Ivy. Cuando vi que Hunter te besaba… —Brody aprieta con fuerza la mandíbula—, pensé que te había perdido para siempre. Es lo peor que me ha pasado. Nunca me había sentido tan mal. Te juro que esta vez estoy dispuesto a lo que sea para recuperar tu confianza. Te dejaré mi móvil cada día para que veas que no hablo con ninguna chica que no seas tú, dejaré de mirar a las demás, y tampoco seguiré a nadie por Instagram sin tu consentimiento. Me sentaré contigo a la hora del almuerzo. Lo que sea, Ivy, por favor.

Niego con la cabeza, incrédula.

—Pero ¿te estás oyendo? ¡No quiero que hagas nada de eso! Por Dios, Brody, así no funciona el amor. No quiero controlarte, no quiero que te ates a mí, no quiero llevarte con correa.

—¿Entonces?

Cojo aire y dejo caer los hombros.

—Entonces nada. Estoy cansada, Brody. No quiero seguir en una relación con una persona en la que no puedo confiar. No *puedo*.

Brody hace el amago de tomarme de la mano, pero doy un par de pasos hacia atrás.

—Ivy…

«No», pienso. «No me mires así, por favor. No me mires con esos ojos de…».

Trago saliva. Durante unos segundos que se me antojan una eternidad, me pierdo en el mar oscuro que son los iris de Brody. Fue lo primero que me gustó de él; lo expresivos que resultan.

Si tengo que ser honesta conmigo misma, Brody todavía me paraliza el corazón. Todavía hace que me tiemblen las piernas. Todavía me arrebata el aliento. Pero mis amigos tienen razón: no es sano. No puedo estar en una relación en la que lo único que impide que Brody me engañe es que sea su custodio. Eso no es amor.

—Brody —susurro, finalmente—, no es mentira. Lo de Hunter y yo. No es mentira. Salimos juntos de verdad.

Esta vez es Brody quien retrocede. Sonríe con incredulidad, pero cuando se da cuenta de que permanezco seria, frunce el ceño.

—¿Con Hunter? Pero si… —Hace una pausa—. No me lo puedo creer. No me puedo creer que sea algo… No. Me niego.

—Piensa lo que quieras. No me importa.

—¡No! —grita, y me encojo un poco sobre sí misma por su repentina explosión de enfado. Brody puede ser un cabrón infiel, pero es tranquilo y no suele alzar la voz—. No estás con él. Eres demasiado lista para…

—Llego tarde a Química —sentencio—. Hasta luego.

Por suerte, Brody está tan sorprendido por mi confesión que no trata de detenerme. Retomo el paso y no tardo en dejarlo atrás. El corazón me late fuerte, muy fuerte. *Bum, bum, Bum, bum.*

Pues es oficial: Hunter y yo ahora somos pareja. Una pareja falsa, pero pareja, al fin y al cabo.

Joder.